

mismo como Cabeza, como en todos sus miembros místicos; de ahí la suma gratitud que tributa al Padre; • **la expiación:** Jesús, para agradecer al Padre lo que de El ha recibido, acepta gustoso la inmolación y destrucción de Sí mismo para reparar la gloria de Dios; • **la impetración:** Jesús, viéndose establecido Mediador entre Dios y los hombres, comienza al punto su misión de dar GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS (de parte de toda la creación), y PAZA LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD (de parte de Dios).

5° Sentimientos interiores del alma co-sacerdotal y corredentora de María.

Como Asociada de la obra redentora de Cristo, María participó plenamente de todos los sentimientos y disposiciones interiores del Corazón de Jesús: alegría, consagración total a Dios, religión; pero revistiéndolas de lo que le era propio como Mujer, a saber, de un *amor de Madre*. Al primer Adán y a la primera Eva Dios los castigó con lo que les era propio: a Adán a ganar el pan con el sudor de su frente; a Eva, a dar a luz a sus hijos con dolor, y a estar sometida a su marido. Del mismo modo, para redimirnos, el nuevo Adán y la nueva Eva tomaron sobre sí esta doble maldición, cada uno según lo que le era propio: • **a Cristo** le tocó realizar la redención de las almas bajo forma de un penoso trabajo, que le costaría el sudor de su rostro y la sangre de sus venas; • **a María** le tocó realizar la misma obra bajo una forma más materna, dando a luz a las almas con los dolores de su compasión, y ello en gran dependencia y sumisión respecto de su Esposo, Cristo.

1° Gran amor de Madre. Dios se complugo en derramar en el Corazón de María todo el amor necesario para amar dignamente y como Madre al Verbo encarnado, y todo el amor necesario para mostrarse solícita y sacrificada, también como Madre, por la salvación y santificación de las almas. Teniendo en cuenta que, por ser inmaculada, la Virgen María jamás puso trabas al crecimiento de la caridad, su Corazón se encontró perfectísimamente dilatado por el amor: • *por el amor a su Hijo, a quien ofreció siempre, animada por una ardentísima fe, las adoraciones que le debía como Dios, y la ternura y los oficios que le incumbían como Madre;* • *y por el amor a todos sus otros hijos, que son todos aquellos a los que, juntamente con Jesús, Ella había concebido.*

2° Gran dependencia y sumisión respecto de Cristo. Así como Cristo sólo nace y vive para gloria del Padre, María sólo nace y vive para gloria de Cristo. Toda su existencia se resume a darle a luz, alimentarlo, educarlo, cuidarlo y protegerlo; a colaborar con su obra, a compartir sus disposiciones, imitar sus virtudes, vivir sus estados, estar continuamente asociada a sus misterios, y ser luego glorificada juntamente con El. Desde entonces, ¡qué incesantes intercambios hubo entre las almas de Jesús y María! De parte de Jesús, donaciones tales a María, y de parte de María, correspondencias tales que, después de la unión de las personas divinas en la Trinidad y de la unión hipostática en la Encarnación, no se puede concebir otra mayor que la existente entre Jesús y María.

Cinco puntos dignos de admiración en el misterio de la Navidad

Al acercarse la fiesta de la Navidad, debemos purificar nuestros ojos para sacudir de ellos toda la tierra que el mundo lanza sobre tan augusto misterio: que si una reunión de familia, que si el pavo, que si el arbolito, que si las compras y los regalos... Veámoslo con los ojos mismos de Dios, sin los cuales esta fiesta carece absolutamente de todo sentido.

1° Dios decide la Encarnación del Verbo.

Por una voluntad sumamente libre, Dios quiso crear. Esta creación tenía como fin narrar la gloria de Dios por la manifestación de sus infinitas perfecciones. Ahora bien, esta gloria exterior de Dios sólo era posible con la existencia de creaturas inteligentes, destinadas no sólo a manifestar las perfecciones de Dios —como las demás—, sino también a reconocerlas y adorarlas. Por eso Dios coronó su creación con los ángeles y con los hombres.

El pecado de los ángeles y de Adán pareció frustrar esta glorificación de Dios por parte de su creatura, pero Dios decidió restaurar su plan de manera más admirable que el plan original: decreta que el Verbo en persona se haga hombre, entre así en su propia creación, y dirija el concierto de alabanza y glorificación que la creación le debe a su Hacedor. Con todo, el plan de Dios revestiría ahora una nueva modalidad: Cristo, el Verbo encarnado, no sólo sería el Pontífice de la Creación, sino también la Víctima de su propio pontificado, por quedar constituido como Redentor de la humanidad.

Las tres divinas personas intervienen en el misterio de la Encarnación: • Dios Padre, entregando por amor a su Hijo Unigénito: «Así amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito» (Jn. 3 16); • Dios Hijo, ofreciéndose a revestir nuestra naturaleza humana para realizar la misión redentora: «Siendo el Hijo de Dios, se anonadó a Sí mismo, reduciéndose a la condición de hombre» (Flp. 2 7); • Dios Espíritu Santo, produciendo en el seno de la Virgen María la naturaleza humana del Verbo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc. 1 35).

2° Modo de realizarse la Encarnación del Verbo.

La naturaleza humana del Verbo es sacada, como la de Adán al principio de la creación, de una tierra virgen, especialmente preparada para recibirla: María San-

tísima, el paraíso de Dios, en cuyo interior hay toda clase de árboles (virtudes), los cuatro ríos que la riegan (adoración, expiación, acción de gracias e impetración, que inspiraron siempre todas las acciones de la Virgen María), el árbol de la ciencia del bien y del mal (la sumisión perfecta a Dios), y el árbol de la vida (su divino Hijo Jesús). También como al comienzo de la creación, en que el Espíritu Santo estaba incubando las aguas, en este momento se cierce sobre María, para fecundarla y producir de Ella al Hombre Dios. Y así como Dios puso a Adán en el paraíso para que lo *custodiara* y lo *trabajara*, del mismo modo hará Jesús con su Madre: la *custodiará* y la *trabajará* con toda clase de gracias y privilegios.

Apenas creada, esta naturaleza de Cristo, por encima de la de Adán, es adornada con la *unión hipostática* al Verbo de Dios, y con una *gracia capital* que la convierte en nueva Cabeza de la humanidad, haciéndola capaz de representarnos según una doble solidaridad: • una **solidaridad de Dios con nosotros**, por la cual El se digna cargar con nuestros pecados para expiarlos en nuestro nombre; • y una **solidaridad de nosotros con Dios**, por la cual nos hace partícipes de todos sus merecimientos y de su vida divina.

Finalmente, no quiere Dios que este nuevo Adán esté solo: por eso de El crea, también de su costado, a la nueva Eva, la Iglesia, con la que forma una sola carne, un solo cuerpo místico.

3º Doble privilegio singular de María: Maternidad divina y Virginidad perpetua.

Dentro del misterio de la Encarnación, a la Virgen Santísima le corresponde, por una triple conveniencia, el doble privilegio de la Maternidad divina y de la Virginidad perpetua:

1º **En razón de Cristo.** En todos los misterios del Verbo encarnado se manifiesta a la vez su humanidad y su divinidad: • envuelto en pañales como Niño, unos ángeles anuncian a los pastores su nacimiento; • reclinado en un pesebre como Infante, una estrella conduce a los Magos ante su presencia; • circuncidado como descendiente de Abraham, se le impone un nombre divino. Por ese mismo motivo, de tal modo nace de Mujer (*Maternidad divina*), que conserve Ella su integridad (*Virginidad perpetua*).

2º **En razón de la misma Virgen.** El Verbo encarnado no quiere hacer solo su obra, sino que, como nuevo Adán, quiere contar con «una Ayuda semejante a Sí», María (Gen. 2 18), a quien le toca ser junto a Cristo, en la obra de la Redención, lo que Eva fue junto a Adán en la obra de nuestra caída y perdición. Para ello Jesucristo le concede: • *la Maternidad divina*, como el lazo exterior y oficial que la consagra como Asociada indisoluble de Cristo, tanto en su persona como en su obra; • y *la Virginidad perpetua*, para mostrar que la regeneración que Cristo y María vienen a traer, como nuevos padres de la humanidad, no es carnal, sino espiritual.

3º **En razón de nosotros.** Estos dos privilegios manifiestan, finalmente, la gran misión de María: ser nueva «Eva», esto es, ser «vida», ser la *Madre de todos*

los vivientes: • de Cristo, Primer Viviente en cuanto hombre; • y de todo su cuerpo místico, formado por las almas redimidas.

4º Sentimientos internos del alma sacerdotal de Jesús, el Verbo encarnado.

El principal sentimiento que brota del Corazón de carne de Jesús es una profunda alegría al ver los muchos frutos y ventajas que, tanto la gloria de su Padre como la salvación de las almas, encuentran en la humanidad sacratísima que asume en unión de persona, y que, sin esta humanidad, no se habrían dado jamás. Tales son, a modo de ejemplo:

- *la Creación queda coronada por su Creador; • Dios recibe de la Creación toda la gloria que se le debe, y eso en una proporción justísima, esto es, rigurosamente infinita; • nuestro linaje recibe en Cristo a su verdadera Cabeza; a su Pontífice, Víctima y Mediador ante el Padre; a su Modelo perfecto en su persona, palabras y acciones; • la humanidad de Cristo santifica en sí misma todas nuestras acciones, deberes y estados; • es más, por esa santa humanidad de tal modo se identifica El con nosotros, que puede pagar por nuestros pecados; y de tal modo nos identifica a nosotros con El, que podemos compartir su vida divina; • la humanidad de Cristo queda definitivamente convertida y establecida en la «via ad Deum», en el medio infalible para llegar al Verbo y, por el Verbo, al seno del Padre: «Nadie va al Padre sino por Mí» (Jn. 14 6).*

Por lo tanto: • *el Verbo* se goza inmensamente por todo lo que su santa humanidad le aporta y permite hacer; • y *su humanidad* se goza también inmensamente por la dignidad y excelsas funciones a que se ve elevada por el Verbo y en el Verbo, y por la disposición radical de quedar completamente consagrada a la gloria del Padre.

Así como nada hay de más fijo en el Verbo que su condición de Hijo de Dios, nada hay de más estable en la humanidad que asume, después de su cualidad de Hijo de Dios, que su total consagración a los intereses del Padre; de modo que nace y vive sólo para dar satisfacción a las voluntades infinitamente amables del Padre. Cristo es un trono en el que sólo Dios se sienta, un reino en el que todo se le somete enteramente, y en el que se cumple perfectísimamente su voluntad. Esta consagración total a Dios brota imperiosamente de la conciencia del alma de Cristo, merced a su visión beatífica, que le hace comprender a qué punto depende totalmente de Dios, y ha de vivir sólo por sus intereses.

Con esta consagración total a los intereses del Padre, Cristo se convierte en el *religioso del Padre*. De su disposición radical de consagrado brotan, como de una fuente inagotable, los mismos cuatro ríos caudalosos que regaban todas las acciones de María, y que riegan, aunque de manera infinitamente más perfecta, todos los actos de Nuestro Señor Jesucristo:

- **la adoración:** *Jesús contempla en el Verbo la infinita majestad de Dios, adora sus divinas perfecciones y reconoce sus derechos soberanos; igualmente, conoce su nada radical en cuanto hombre, y se somete totalmente a sus voluntades; • la acción de gracias:* *Jesús, también en el Verbo, se ve colmado de los más excelsos dones, tanto en Sí*